

ciones y del previo señalamiento impuestos por lo calamitoso de las adversas circunstancias. Buil y sus defensores quieren explicar los procederes aquellos con el Almirante, atribuyéndolos á la eficaz virtud y obra de una intercesión suya piadosísima en favor de los indios, la cual intervenció poco se compadece con la ira generada por las bondades del Almirante al cacique Guacanagari. No, Buil se partió de América en aquel momento á la sugestión de una competencia con el Almirante y Virrey en materia de poderes y atribuciones. Herido por las facultades superiores que se arrogaba Colón, fué poco á poco entrando con el espíritu y con el ánimo en cuantas resistencias á Colón oponían sus inferiores y en cuantas rebeldías se tramaban durante crisis tan aguda y mortal. No se confabuló con Pisa; pero se confabuló con Margarit. General éste, por sus legítimos títulos primero y además por sus calidades varias, del ejército de ocupación en Cibao, mandaba el fuerte por Colón erigido y la guarnición allí situada y toda la comarca circundante, mientras iba Ojeda de un lado á otro en maravillosas correrías, tanto para proveerle y asistirle á él como para explorar y conocer aquel áureo territorio. Partido el capitán tierras adentro y el Almirante mares afuera, Margarit quedó á las órdenes de un superior consejo sito en la Isabela, donde componían los principales factores en el producto de la suma ó multiplicación de poderes el P. Buil y Diego Colón. Débil éste, dejaba que Buil hiciese cuanto el gusto le demandase; y airado ya Buil con Colón, en aquellos días ausente, mientras el Profeta exploraba Cuba é invenía Jamaica, dejábale toda rienda suelta sobre el cuello á Margarit. Para la disciplina del inferior en milicia necesita un superior ser el primer disciplinado siquier sea completamente libre. Mal avenido Margarit con las tristes asperezas de un territorio minero, plúgole holgarse y esparcirse por la deliciosa Vega Real, entre cuyas florestas encontró una Capua que granjeara toda clase de placeres á sus desatinados sentidos y á su voluntariedad nativa toda clase de arbitrariedades. Opresos los indios por tales fatali-

dades, tomaron una resolución de suicidas: para concluir ellos y concluir con el general y su gente, dejaron de sembrar y carecieron, á virtud del abandono aquel, de todo sustento, acortándolo así también á sus enemigos. Al hambre morían las gentes cual moscas y reinaban las enfermedades varias cual si estuviesen aquellos siervos bajo el exclusivo imperio de la muerte. Margarit mismo se inficionó con vergonzosa infición, producida por los placeres anejos á sus holganzas. Algún recurso nuevo llegó de Andalucía en barcos que habían expedido los Reyes á Colón, así como Colón expidiera por su parte barcos á los Reyes. Pero, como en éstos fueran con Torres, el jefe de la expedición, á la corte noticias de la Isabela; en los barcos de la corte fueron á la Isabela, como jefe de aquella nueva expedición, Bartolomé Colón y las consiguientes noticias de los Reyes. Á la verdad no era Bartolomé del temperamento tímido de su hermano Diego, ni aun del temperamento bondadoso de su hermano Cristóbal, era de un temperamento resuelto y fuerte; tan curtido de alma como de cuerpo, y tan acostumbrado á combatir con el oleaje de las pasiones como con el oleaje de las tormentas.

Llegado allí, como Cristóbal estuviese, vuelto de su viaje, postrado y sin conocimiento ni sentido, tomó las riendas que Diego no había querido tomar, y se puso á regir la colonia con el derecho de que le revestían tanto su firme voluntad como su glorioso nombre. Cristóbal había cautivado en la Española con alardes á los indios dóciles y con batallas á los indios altaneros. Había enviado, para someter á los unos y retenerlos en la sumisión, los añafles y los atambores con las banderas vistosas y con las cabalgaduras cubiertas de acero, que tanto lustre daban á los jinetes y tantos visos de dioses. Cuando esto no le bastaba, empleó la fuerza. Con una correría de los caballeros y una descarga de los mosquetes y una fuerte ayuda de su aliado Guacanagari rompió en pedazos los rebeldes y sometió á España la Isabela, que crecía con celeridad; la vega, que semejava un Paraíso; la sierra de Cibao, tan rica en vetas de oro y tan llena

de gozosas esperanzas. Las pesimistas ideas de Buil y las malas pasiones de Margarit, general y apóstol primeros en las tierras invenidas, perturbaron así la invención como las sucesivas apropiaciones de lo descubierto. Uno y otro zarparon á hurtadillas de la Española y se partieron á España, con rompimiento del estrecho lazo de deberes que les ceñían al descubridor y con voluntad resuelta de perseguirlo y perderlo en la corte. Uno y otro merecen el anatema de la historia universal y de la humana conciencia. Cuanto han intentado sus inhábiles defensores para excusarles, no ha servido sino para hundirlos en justa y unánime reprobación. Que fuera fraile, ya mínimo, ya máximo, el Padre Buil; que llevara bula más ó menos auténtica y más ó menos lata del Pontífice Alejandro VI; que pudiera volverse ó no, según su grado y albedrío; que no sufriese la sujeción, en su carácter de catalán, al genovés; no atenúa la enorme falta cometida, hurtando el cuerpo á sus penosos deberes en estado de peste y guerra, para irse airadísimo en pos de innobles desquites y cortesanas intrigas, cuando le invitaban á quedarse allí la gloria de construir y consagrar el primer templo del Mundo Nuevo al Dios de los cristianos; el sacro deber de un ministerio destinado á respirar el último suspiro de los moribundos y á enterrar el triste despojo de los muertos; la esperanza de verter el agua de los bautizos cristianos sobre las frentes y las ideas católicas sobre las almas de los indios adoctrinados y redimidos; la consideración de que aquellas selvas podrían trocarse á una en iglesias vivas del Eterno, y aquellos inocentes indios en bienaventurados del empíreo, si, desciñéndose, como debía, él de todo cargo civil y de todo empeño político ante aquellas islas, necesitadas de su religión y de su virtud, empleaba para doctrinarlas en el dogma y ungirlas con el óleo santo los esfuerzos de un verdadero apostolado y corría sin arrogancia y sin temeridad los riesgos de un redentor martirio.

Coincidiendo con muchos de los sucesos antes historiados, adelantándose á ellos ó retrocediendo un poco, empezó el ex-

plorador exploraciones nuevas, con ánimo de cumplir el ministerio recibido de los Reyes y extender los descubrimientos y tomar de éstos plena posesión. En las múltiples calidades, componentes de suma tal, como su genio profético y su espíritu luminoso, había el piloto ejercitado la observación en términos de que atendía con cuidado á muchos objetos de estudio y los notaba con esmero. Contaba y no acaba, por ejemplo, en la Española, de aquellos indios desnudos, cuyos cuerpos, en su desnudez, parecían, por lo durísimos, pétreas esculturas, y por lo pintarrajeados, esculturas policromas; de los cenus grandes ó ídolos movidos á formular oráculos por medio de cerbatanas, que iban á los labios, ó del sacerdote, ó del creyente mismo, y de los cenus pequeños, que pendían como amuletos y medallas, ensartados en guitas, de las sienes; del ocio impuesto por aquella naturaleza exuberante, donde se bebía y se respiraba la vida y su alimento, como el agua y como el aire, sin esfuerzo y sin fatiga; del baile semejante á un ejercicio litúrgico y del tabaco apurado hasta la embriaguez y el envenamiento; de las bebidas fermentadas hechas con maíz mascado; de las brujerías y sortilegios empleados en las enfermedades, atendidas y curadas en juntas de brujos ó hechiceros; del estrangulamiento inferido al desahuciado para precipitar su muerte y atajarle las ansias ó agonías postreras; del culto á los muertos, cuyos cráneos reverenciadísimos se colocaban junto á los prestigiosos idolillos; en fin, de aquel estado edénico, á una sociedad primitiva connatural, con todos los encantillos y con todos los inconvenientes también de la primera infancia. Nada más congruente con el ministerio desempeñado y el oficio ejercido por Colón, que ir extendiendo con los nuevos dominios las observaciones, unas veces apuntadas por él en persona, otras por compañeros suyos tan diligentes como el médico Chanca. El 24 de Abril, en la primavera del año 1494, comenzó la exploración capital de este segundo viaje. Dirigióla Colón desde la Española, con tres buques á Cuba, muy al revés de los años anteriores, que fué de

Cuba á la Española. En los primeros encuentros repitieronse las escenas de siempre. Huyeron los indios á la primera vista de los recién idos, y se mostraron dándose á partido, aunque recelosos y vigilantes, así que los creyeron buenos é inofensivos. En esta reacción de ánimo á favor del huésped colmaban los naturales de dones con cariño á los que miraran poco antes con terror. Así acaeció en la hermosísima bahía de Santiago, desde donde, al bogar en busca del oro esperado y requerido, con sólo navegar unas cuantas leguas marinas, descubrieron la Jamaica, realzada por montañas aeriformes, que parecían transparentes en la diafanidad del aire y ceñidas de multicolores nubes. Valle de bienaventurados la llamaba en sus transportes de intenso entusiasmo Colón, y el nombre le puso de nuestro nacional patrono Santiago, que supo convertir á Compostela en una Jerusalén de Occidente, visitada de innumerables peregrinos y henchida de piadosas plegarias. En prados de verdura, bajo cielos etéreos y junto á mar diáfano, veíanse innumerables bohíos compuestos de ramas y troncos, que guardaban población muy numerosa, la cual expidió varios naturales en canoas larguísimas á impedir la profanación del suelo, y á contrastar la entrada del recién venido, blandiendo lanzas manejadas con suma destreza y lanzando gritos despedidos con fragoroso espanto; pero á estos impulsos del terror sucedían emociones más dulces, unas veces despertadas por el miedo y otras provenientes de la reflexión, las cuales permitieron al piloto anclar en dos bahías y reconocer algunas costas. Mas, como quiera que lo principalmente allí buscado, el oro, no se hallase, tomó de nuevo el rumbo á Cuba, explorada con grande prolijidad, y merecedora de aquella devoción por el espectáculo maravilloso que ofrecían las aguas transparentes, llenas de peces, cuyas escamas, parecidas á preciosas lacas, dejaban líneas de colores y círculos en el celeste líquido; por las costas, en que gigantes tortugas andaban perezosamente al lado de conchas y caracoles tendidos entre las guijas, como perlas y ópalos en infusión próximos á

cuajarse; por los bosques de resonantes palmeras cargadas con frutos, los cuales mitigaban hambre y sed con sus zumos y con sus azúcares; por las bandadas de pájaros, parecidos, según las pintadas plumas, á ramilletes volando sobre la flora tan varia y entre tan intensos aromas; por las canoas llenas de ofrendas y tripuladas con indios coronados de vistosos plumajes; por los ritmos de las danzas populares, movidas al dulce deseo de vivir; por el coro de los arpados sinsontes; por todo aquello que percibían gusto, y olfato, y vista, y oído, en el esplendor de la Naturaleza y en el exceso de la vida. Cuba no solamente sobre los sentidos de Colón ejercía este mágico influjo; ejercíalo también sobre su alta inteligencia. Engañábalo como una especie de maga, diciéndole no ser isla como decían muchos en sus consejas, sino aquel continente asiático flotante con su preste Juan de las Indias y su grande Kan de Tartaria en los fantaseos producidos por las tradiciones medioevales. Á cualquier indicio le sacaba la punta de su engañosísima superstición en el estado hinóptico á que lo alzaba la seguridad completa de haber hallado el extremo oriente por el extremo occidente. Nadie ignora como se llama desde los griegos acá el mundo de los largos ropajes blancos á los imperios asiáticos. Las flotantes túnicas de lino, usadas por emperadores y sacerdotes, justifican esta calificación. Colón porfiaba en buscar los pueblos de los blancos ropajes, y algunos de sus intérpretes le aseguraban haber oído á indios la existencia de gentes así vestidas en aquellos países. Con efecto; un día que cierto grupo de tripulantes desembarcó en Cuba, emboscóse con facilidad en una de aquellas selvas, donde los ramajes entrelazados como en bóveda, y las lianas tendidas como tapices, y las hierbas altas á modo de laberintos, extienden la noche material, magüer el pleno día, ó por lo menos producen una especie de tibio crepúsculo, semejante al compuesto por los cruces del centelleo de los astros sobre nuestra retina en el anochecer ó en el amanecer tropicales. Rezagóse uno de los exploradores en aquella dulce obscuridad; y de súbito se le apareció extraño perso-

naje cubierto de blanca túnica y parecido por su estatura y por su porte á una estatua que allí ambulara. Tomólo al pronto el animoso español por el fraile de la Merced que acompañaba la expedición, quizás descendido á tierra. Pero ¿cuál no sería su asombro, y como se pondría de nervioso y espeluznado, viendo que al primero sucedían otros muchos, puestos en dos hileras, iluminados por los inciertos resplandores y perdidos en los lejos del follaje, que se movían como al acaso, y moviéndose, le saludaban á una con caprichosas reverencias de todo el cuerpo, con especialidad, de las altas y angostísimas cabezas? No sabiendo qué hacer el sorprendido, retrogradó espantado con riesgo de caerse de espaldas, miéntras la visión se desvanecía y se disipaba en los lejos de aquellas cambiantes perspectivas. Muchas apariciones de tal género referían los cuentos cambiados por los exploradores en las correrías de mar ó tierra y en las vigilias á ellas consiguientes. Las Casas nos refiere, cómo por las noches, en el recinto donde se construía la Isabela, cubierto por los despojos de tantos cadáveres como tendieran en tierra los efluvios de la peste, veíanse figuras de caballeros, con sus espadas al cinto, sus collares al cuello, sus mantos á la espalda, sus corazas al pecho, sus guanteletes al brazo, sus espuelas al pie, sus ropillas al cuerpo, quitándose las cabezas, ceñidas con blasonadas gorras de plumas, en saludos sobrenaturales á los viandantes y esparciendo por el aire largos y lastimosísimos sollozos. En tal situación de las cosas y en tal estado de los ánimos, nada tan propio del buen sentido como atribuir á hipnosis ó alucinaciones de la vista los ropajes aquellos, ó al paso por allí de grandes aves conocidas, muy semejantes, por su porte y por sus actitudes, á verdaderas personas. Pero Colón vió en aquello un indicio más de la existencia del pueblo de los ropajes y otra fianza más del carácter continental de Cuba. No le cupieron desde tal expedición dudas á ese respecto, cual demuestra la increíble ceremonia de su bajada con un escribano y varios testigos á tierra, levantando acta notarial, que hacía de

la región aquella un verdadero continente, y conminaba con pena tan terrible como la horadación por un hierro candente á toda lengua capaz de llamarla isla. No lo creeríamos, en verdad, si un documento auténtico y solemne, con todos los caracteres de la evidencia irrefragable, no lo confirmase. El 6 de Julio entró en el golfo de Santa Cruz, y sobre uno de sus cabos ordenó que se levantase improvisado altar y se dijese misa bajo el dosel de las palmas. Al oír el murmullo de los rezos, y notar la devoción ferviente con que veían la hostia consagrada los cristianos de hinojos y se daban entre abrazos el beso de paz; un anciano indio se conmovió al punto de manifestar la reverencia, con que á semejantes ceremonias hermosísimas asistiera, y la esperanza por ellas despertado de inmortalidad, explicable dentro de sus ritos merced á transmigraciones, donde las almas se purifican por obra de los castigos y de los premios eternos. Tales palabras, y algún que otro acto, indicaban ciertas inclinaciones en los indios hacia los españoles; despertadas dentro de los ingenuos ánimos salvajes por la natural y evidentísima superioridad de los civilizados. Unas veces aparecía inteligente y apuesto joven, que, sobreponiéndose á su familia llorosa, requería plaza de los tripulantes en cualquier nave al deseo de ver las regiones, desde donde hombres tan sobrenaturales bajaban; otras veces maldecía un viejo su estrella que le deparaba tan tarde la vista de aquellos huéspedes revestidos del carácter de dioses y con los cuales quería vivir y morir; otras veces los primates de tribus enteras prestaban homenaje, y pedían entrar en aquella corporación de cristianos, alardeando con sus arcos de buenos auxiliares para toda empresa, y ofreciendo á los ojos maravillados, sobre canoas esculpidas ricamente, sus preseas más hermosas, los cinturones de bordado algodón, los mantos de multicolores plumajes devestidos de las más pintadas especies, las banderas semejantes á las colas de las aves llamadas por los iris en ellas extendidos pájaros del Paraíso, las ajorcas pendientes como nuestros zarcillos de las orejas, los cintillos de pedrería en las

sienes, y colgados al cuello de una cadena las láminas de oro sobre sus pechos. Así Colón se holgaba en ver cómo surgían las islas á su paso y cómo se acercaban, después de haber huído al primer encuentro, los naturales reconciliados con los españoles por el siguiente reflexivo impulso en las canoas cargadas de ricas ofrendas. Gozábbase mucho con los nombres á dar y con los datos á recoger en aquellas exploraciones. Á un grupo de numerosas isletas le llamaba Jardín de la Reina, en homenaje á Isabel I, y á una mayor, como la de Pinos, Evangelista, en recuerdo y conmemoración del cuarto Evangelio, donde resuena el Verbo creador. Mucho más anduviera, y á poco de haber andado en fines de Septiembre, persuadírase á tomar Cuba por isla en una reveladora experiencia que ya iba pronto á ofrecerle su derrotero, cuando los vientos le contrariaron de tal suerte, y las vigiliás y los cuidados le pusieron en términos tales, que á fuerza de luchar con los elementos contrarios y con los obstáculos espirituales, que á su providencial ministerio y destino se oponían por todas partes, cayó enfermo en términos de haber quedado como muerto, sin conocimiento, ni sentido, mostrándose tan sólo la vida que le restaba en los horrores y exacerbaciones de una fiebre altísima.

CAPITULO XXVII.

CAUSAS DEL REGRESO SEGUNDO DE COLÓN Á ESPAÑA.

Qué sucedía en Castilla mientras Colón erraba por Haití, por Cuba, por Jamaica, por Pinos, por el mar de las Antillas y arribaba casi muerto á la Isabela? Dos expediciones habían de este último punto zarpado hacia España en aquel año, noventa y cuatro, una muy favorable al descubridor y otra muy adversa. De las dos hemos en otro lugar hablado, la favorable comandada por Antonio Torres, y la contraria por Margarit con Buil, aquélla bajo los auspicios de Colón, ésta en abierta rebeldía contra él y en desacato á él. Cuando llegó por primera vez Torres, un tropel de ilusiones y esperanzas revoloteaban y relucían en torno de su nave. Llevaba las epístolas del Almirante con informes verdaderos de sus innumerables descubrimientos, y piezas y ejemplares de oro bastantes á deslumbrar al más desconfiado. Con decir que un pedazo de oro nativo, entre los que Antonio Torres ofrecía por encargo de Colón á la vista del Estado español, pesaba nueve onzas, está dicho cuánto cebo daría de suyo al vulgo, pagadísimo del áureo país recién invenido á los conjuros del mago y á los presentimietos del profeta. Todo era júbilo en la maravilladísima España, y el entusiasmo, despertado por la vuelta de Colón en persona tras el